

PEDRO M.^a EGEA BRUNO

**EL DISTRITO MINERO DE
CARTAGENA EN TORNO A
LA PRIMERA GUERRA
MUNDIAL
(1909 - 1923)**

UNIVERSIDAD DE MURCIA
SECRETARIADO DE PUBLICACIONES

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE CARTAGENA
CONCEJALIA DE CULTURA

1986

INDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
PROLOGO	9
INTRODUCCION	13
ABREVIATURAS	23
CAPITULO 1. BASES DEMOGRAFICAS	25
1. Estado de la población	27
1.1. Crecimiento y distribución	27
1.2. Cambios en la composición por sexo y edad	36
2. Movimiento de la población	44
2.1. Estado civil y nupcialidad	44
2.2. Natalidad y mortalidad	53
2.3. Crecimiento vegetativo	64
3. Modificaciones demográficas como factor socio-económico	68
3.1. Analfabetismo	68
3.2. Población económicamente activa	74
3.3. Movimientos migratorios	76
CAPITULO 2. LA ESTRUCTURA MINERA	93
1. Auge y servidumbre de la minería cartagenera	95
1.1. Causas del resurgir minero	95
1.2. Explotación irracional	106
1.3. Condicionamientos de infraestructura	116
2. Configuración del negocio minero	128
2.1. Parquedad de la propiedad minera	128
2.2. Arrendatarios y propietarios. Los «partidos»	151
2.3. Presión fiscal, monopolio de explosivos y otros factores regresivos	162

CAPITULO 3. COYUNTURA MINERA. IMPACTO DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL	181
1. Los desajustes internos y el bloqueo submarino	183
1.1. Planteamiento inicial	183
1.2. Incidencia del problema crediticio	185
1.3. Recesión de las exportaciones	191
2. La dependencia exterior y el «crac» de la minería local	207
2.1. Repercusiones de la crisis carbonífera	207
2.2. Cotizaciones del mercado de minerales	225
2.3. Agudización de la crisis y balance cuantitativo	232
CAPITULO 4. CATALIZADORES SOCIOECONOMICOS DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS	245
1. Orígenes del movimiento obrero cartagenero	247
1.1. La Internacional y el Cantón de Cartagena	247
1.2. Dinámica ulterior del movimiento obrero	254
1.3. La primera huelga general de la cuenca minera	260
2. Situación de la clase obrera	272
2.1. Antecedentes	272
2.2. Condiciones de trabajo. Incumplimiento de la legislación laboral	280
2.3. Condiciones de vida: precios y salarios	288
CAPITULO 5. ESTRUCTURA ORGANIZATIVA Y ORIENTACION IDEOLOGICA DEL MOVIMIENTO OBRERO CARTAGENERO	305
1. Asociacionismo obrero en la sierra minera	307
1.1. Sindicalismo de clase	307
1.2. Sindicalismo amarillo. Coordinadas estructurales	314
1.3. Sindicalismo amarillo. Desarrollo	321
2. Principales líneas de influencia en el proletariado comarcano	332
2.1. Propaganda societaria	332
2.2. Propaganda socialista	334
2.3. Propaganda anarquista	338
2.4. Propaganda societaria católica	341
3. Otros componentes socio-ideológicos	342
3.1. Aproximación republicano-socialista	342
3.2. Electoralismo y participación en la política activa	347
3.3. Impacto de la revolución rusa	349
CAPITULO 6. APROXIMACION A LOS NIVELES DE CONCIENCIA OBRERA	353
1. Conciencia de explotación	355
1.1. Nivel económico	357
1.2. Nivel social	366
1.3. Nivel socio-político	368
2. Conciencia de clase	371
2.1. Nivel económico	371
2.2. Nivel político	374
2.3. Nivel ideológico	381
CAPITULO 7. LAS ACCIONES OBRERAS COMO FACTOR DETERMINANTE DEL PODER DE CLASE	391
1. 7 de marzo de 1916. Una fecha crucial	393
1.1. Prolegómenos del conflicto	393

1.2. Morfología de una tragedia. Sucesos del Descargador	397
1.3. La solución de la huelga: el laudo	400
2. Repercusiones en la sierra minera de la dinámica conflictiva nacional	403
2.1. La campaña por el abaratamiento de las subsistencias (mayo-diciembre 1916)	403
2.2. La huelga de agosto de 1917	406
2.3. La campaña pro-ampnistía (octubre 1917-mayo 1918)	414
3. Del enfrentamiento a la derrota	419
3.1. La época de las grandes huelgas en la sierra (1917-1918)	419
3.2. Desmoronamiento del frente de clase (1919-1923)	432
3.3. Especificidad del fenómeno	437
CONCLUSIONES	441
INDICE DE FUENTES	451
INDICE BIBLIOGRAFICO	463
INDICE DE TABLAS	491
INDICE DE GRAFICOS	495

PROLOGO

Pocas etapas tan angulares y decisivas en nuestra historia contemporánea, como la comprendida entre 1909 y 1923, que enmarca cronológicamente la monografía aquí presentada. Fase de expansión demográfica, desarrollo económico e impulso modernizador del país, pero también de acentuación de sus desequilibrios estructurales, de agravación de la conflictividad social, de descomposición de las instituciones y de reaparición del ejército en la política activa.

El periodo apuntado se abre en 1909 con la liquidación del trienio Maura, y de su política de «revolución desde arriba», tan denigrada en la época como incomprendida después, esfuerzo renovador serio cifrado ante todo en el «descuaje del caciquismo». La alternativa liberal personificada en los tres años siguientes por Canalejas abordó un vasto plan de realizaciones sociales y económicas sobre la base —como subraya J. M. Jover— de reforzar al propio tiempo la precaria estabilidad existente en su doble ámbito interno e internacional. Ambas políticas no carecieron de toques enérgicos, como lo prueba la firmeza en Marruecos frente a Francia y en la Península frente a fuerzas opositoras que iban desde los católicos más integristas —desorbitada reacción frente a la «ley del candado»— a las grandes sindicales, confrontación esta última llamada a culminar en la militarización de los ferroviarios para contrarrestar una huelga general, causa al parecer del atentado que costó la vida a Canalejas.

La desaparición del ilustre político gallego —de El Ferrol como Pablo Iglesias— se reveló tan negativo para el declinante régimen borbónico como el apartamiento de Maura. La Monarquía parlamentaria de don Alfonso XIII se veía privada así de sus mejores posibilidades de renovación y supervivencia.

Durante la fase siguiente, que en líneas generales coincide con la guerra europea, por más que Romanones reprochara a Dato, por entonces jefe del gobierno, que hay «neutralidades que matan», con buen sentido, según apunta C. Seco, tanto éste como sus sucesores lograron mantenerse al margen de un conflicto de proporciones sin precedentes, ahorrando al país sacrificios, sufrimientos y destrucciones de alcance imprevisible. Tanto más por cuanto en la contienda se ventilaban intereses que nos eran ajenos, y poco o nada podía ganar España con su intervención. Los incuestionables beneficios reportados por la neutralidad —multiplicación de las exportaciones, cuadruplicación de las reservas monetarias, rescate de la deuda exterior y de las inversiones extranjeras, revitalización económica, prestigio internacional—, se vieron ensombrecidos por un cúmulo de efectos negativos. En particular la carestía de subsistencias ante las exportaciones incontroladas a países beligerantes, carestía sufrida de lleno por los sectores menos favorecidos de la sociedad, y la división de la opinión pública en dos bloques enfrentados —aliadófilos y germanófilos—, o lo que

es igual la polarización ideológica de la sociedad en dos frentes llamados a sobrevivir la coyuntura bélica.

La quiebra institucional que se venía gestando desde años atrás, se manifestará ahora en toda su crudeza en una triple manifestación crítica de efectos convergentes. En primer lugar la cristalización del descontento del ejército —urgentes reformas internas, agravación de la cuestión marroquí, alarma por el deterioro de las instituciones— en la formación de Juntas de Defensa, en las que no debe verse meras juntas golpistas sino comisiones contra el favoritismo, o si se prefiere verdaderas asociaciones profesionales castrenses destinadas a alcanzar las reivindicaciones de clase formuladas por sus miembros —agrupados según las diversas armas—, utilizando procedimientos similares a los sindicales.

Por su parte los sectores inconformistas del espectro político, a saber regionalistas de Cambó, reformistas de Melquiades Alvarez, las diferentes tendencias republicanas, los radicales de Lerroix, e incluso los socialistas, en suma todas las fuerzas políticas ajenas a los dos grandes partidos dinásticos sin otra excepción notoria que el carlismo, se aprestaron a reclamar la inmediata reunión de Cortes, demorada por un gobierno dudoso de tener mayoría. A tal fin constituyeron en Barcelona una Asamblea de Parlamentarios, que al tiempo que abogaban por unas Constituyentes y explicitaban un avanzado programa reformista, lograban llegar a un acuerdo de principio con las Juntas. Pero la Asamblea terminó disolviéndose, no sólo por la enérgica acción gubernativa, sino bajo el peso de sus propias contradicciones, por la ausencia en la misma de sectores tan emergentes como el acaudillado por Maura, y por el retraimiento final del P.S.O.E., incómodo en su circunstancial maridaje con la burguesía reformista en momentos de exacerbada conflictividad social. La intervención de las Juntas —que habían visto atendidas varias de sus reivindicaciones básicas— en favor del gobierno contra la movilización obrera, no sólo se tradujo en la ruptura de los militares con la Asamblea, sino en la disgregación de ésta al suscitarse una general y abierta lucha de clases.

Esta será la tercera, y acaso principal, manifestación crítica al sistema, llamada a culminar en la huelga general de agosto de 1917, generada en última instancia por la grave situación económica y laboral del país al término del espejismo de prosperidad inseparable de los primeros años de la guerra. Detonante de la huelga general fue la de ferroviarios, denunciada por la directiva socialista como inoportuna y mal planteada, y a la que de conceder crédito a testimonios fiables —Cambó entre otros—, no fueron ajenos agentes provocadores del propio gobierno, interesado en desatar una situación límite que rompiera la unidad en el seno de la Asamblea de Parlamentarios, y apartase de ésta a los militares, invitados a restablecer el orden.

La dureza de la represión —saldo oficial de 80 muertos, 150 heridos y 2.000 detenidos, entre éstos Saborit, Anguiano, Besteiro y Largo Caballero, plana mayor del P.S.O.E. y conductores de aquellas jornadas—, no obstante lo moderado de las reivindicaciones y el carácter fundamentalmente pacifista del movimiento como muy bien ha subrayado J. A. Lacomba, sumado a la oleada de indignación que esta represión levantó en todo el país, situaron al régimen en el que sin duda fue uno de los momentos más críticos de su ya larga andadura. En todo caso la coyuntura de 1917 podía haber conducido al menos a la democratización del vetusto sistema político de la Restauración, ideado por Cánovas cuarenta años antes bajo circunstancias muy diferentes. Era el momento de ampliar su plataforma, reducida a la sazón a los dos viejos y atomizados partidos dinásticos, incorporándole los vastos sectores sociales controlados por la izquierda antidinástica, los socialistas en primer lugar.

Lejos de eso se mantuvo la ficción de un bipartidismo inviable —13 crisis totales y 30 parciales en seis años—, salvándose los momentos más apurados con soluciones de emergencia, fuesen «gobiernos de concentración nacional» o simples «gobiernos

de gestión». Como señala G. Brenan, bajo estos condicionamientos, el ejército, junto con el monarca, estaba llamado a convertirse «en el único poder efectivo».

El trasfondo socioeconómico de tan negativo panorama político no era más alentador. La carestía de la vida castigaba severamente no sólo a los trabajadores industriales, sino también a una clase media en fase de proletarización. Sin embargo, era la España agraria la alcanzada más de lleno por la crisis, y por lo mismo la más receptiva a mensajes de redención, hasta el punto de que Andalucía llegaría a conocer un «trienio bolchevique» (1918-1921) cifrado aquí como en otras partes, como apunta P. Vilar, en el reparto de tierras y demás medios de producción, operación inspirada, orientada y dirigida por el sindicalismo ácrata de la C.N.T., y no en una transformación comunista de la sociedad, en la que por el momento pocos creían —en 1921 una escisión del P.S.O.E. posibilita la fundación del P.C.E.—, por más que hasta en las paredes de los cortijos apareciesen pintadas apologeticas de la revolución rusa.

Pero será en Cataluña donde se decida el futuro del Estado español. Con unas burguesías radicalizadas en sus aspiraciones autonomistas como única salida posible para su región en un país reputado de ingobernable, sentimiento muy bien explicitado por Cambó en su famosa frase «¿Monarquía?, ¿República? ¡Cataluña!», y sobre todo con una C.N.T. a cuya mística revolucionaria de acción inmediata se aferraban decenas de millares de afiliados como tabla única de salvación —huelga de «La Canadiense», exaltación de líderes míticos como Seguí y Pestaña, consecución de la jornada de ocho horas—, la situación se tomará aquí particularmente conflictiva. Los logros alcanzados por los trabajadores responderán más a presión gubernamental que a espontánea cesión de los patronos, endurecidos al término de las vacas gordas y dispuestos a mantener incólumes sus intereses hasta el final, respondiendo al «sindicato único» cenetista con el «sindicato libre», al atentado con el atentado, al pistolero con el pistolero, movilizándolo al somatén y a la guardia civil, y cuando logre poner de su lado a la autoridad gubernativa —Martínez Anido—, recurriendo a detenciones arbitrarias, juicios sumarísimos, consejos de guerra o, simplemente, al tiro en la nuca posibilitado por ley de fugas. Doscientos treinta asesinatos de uno y otro signo en sólo 16 meses en las calles de Barcelona.

La capital catalana se había convertido en campo de batalla, espejo en alguna medida de lo que acontecía en el resto del país. Hasta Cambó hubo de convenir que llegadas las cosas a tal punto, «lo más conservador que se puede ser es ser revolucionario». Y precisamente de Barcelona llegó el desenlace inevitable cierto día de 1923. El golpe de Primo de Rivera, pese a su vano empeño de institucionalizarse —empeño por lo demás de todos los dictadores—, no pasó de paréntesis para la resolución de problemas urgentes: la seguridad ciudadana y la casi insoluble cuestión marroquí principalmente. Más tarde, en su caída arrastraría la del régimen que lo había aceptado y legitimado.

* * *

Tal es el marco histórico en el que se desenvuelve el modelo concreto elegido por Pedro M.^a Egea Bruno para desarrollar su investigación y análisis. Periodo para él profundamente conocido como bien lo proclama la publicación de varios libros y numerosos trabajos científicos en diferentes revistas nacionales y extranjeras.

El distrito minero de Cartagena es, desde luego, un privilegiado campo de experimentación para intentar un acercamiento a las relaciones sociales españolas de producción antes, durante y después de la primera guerra mundial. Egea logra imbricar las tres sucesivas coyunturas en un tiempo largo sin perjuicio de explicar las partes en relación al todo. De su reflexión se sigue cómo las transformaciones socioeconómicas estudiadas se ven truncadas y desviadas por el magno acontecimiento bélico. El movimiento obrero se nos manifestará como derivación final de un doble

proceso demográfico y económico, conectados ambos entre sí. Los tres aspectos se hallan firmemente incardinados en una misma realidad, y por tanto son presentados conjuntamente, lejos de cualquier disociación artificial.

Las bases demográficas, la estructura y la coyuntura mineras, los catalizadores socioeconómicos de las fuerzas productivas, el sistema organizativo y orientación ideológica del movimiento obrero del sector, la aproximación a los niveles de conciencia obrera y sus fluctuaciones, y la acción sindical llamada a culminar en las épicas —y trágicas— jornadas de 1916, 1917 y 1918, y el subsiguiente desmoronamiento del frente obrero, todo ello sin perder de vista el contexto general en que se desenvuelve, sobre la base de hacer historia total, son las líneas maestras de investigación seguidas por el autor en la vertebración de su obra.

Lejos de mi ánimo hacer aquí una recensión, mucho menos una apología, del trabajo desarrollado por Egea Bruno. Sería un esfuerzo superfluo cuando basta al lector pasar unas páginas para juzgar por sí mismo. Por lo demás tampoco deseamos influir en modo alguno sobre este con apreciaciones que, inevitablemente, tendrían siempre algo de subjetivo en razón de esa cierta paternidad que corresponde a todo director en la obra por él dirigida y orientada. Un seguimiento, eso sí, respetuoso con la libertad del doctorando a la hora de optar por soluciones a los problemas metodológicos planteados en consonancia con su propia formación historiográfica y su personal visión de la historia.

Porque Egea Bruno sigue una concreta metodología —tan respetable como cualquier otra—, tiene sus clásicos, sus lecturas y sus preocupaciones como historiador y como ciudadano —que desde luego no tienen por qué coincidir necesariamente con las del que suscribe—, enraizadas en la realidad social y personal en que se desenvuelve, y con la que se siente comprometido. En esa realidad se inserta la elección del tema, la maduración del proyecto de investigación y su desarrollo final al término de un improbable esfuerzo de localización y sistematización de fuentes. El resultado está a la vista. Una tesis doctoral construida con metodología exigente e impresionante aparato documental y bibliográfico, pero sobre todo con incuestionable honradez, rasgo, junto a la laboriosidad y generosidad, emergente en la personalidad profesional y personal del autor, como consta a quien tenga el privilegio de conocerle y tratarle. Cualidades de la obra y el autor que muy bien intuirá el lector en estas páginas no obstante las sustantivas refundiciones, resúmenes y mutilaciones impuestas por preceptivas, y por lo demás comprensibles, exigencias editoriales.

La publicación de esta tesis por la Universidad de Murcia, donde trabajamos y se desarrollan nuestras preocupaciones intelectuales y profesionales, es reconocimiento y recompensa a quien, por merecimientos propios, es uno de los más distinguidos alumnos que han pasado por sus aulas en los últimos años. También viene a demostrar que, no obstante lamentables cicaterías y encasillamientos malévolos, la Universidad, pese a quien pese, hace a sus hombres pero no los destruye.

Sólo me resta congratularme por la publicación de la que es sin duda una de las más brillantes y sólidas tesis doctorales en Historia de cuantas hasta el momento se han leído en nuestra querida Facultad de Letras, y contribución emergente a la historiografía contemporánea, que acredita definitivamente a su autor como uno de los más prometedores valores en la nueva generación de historiadores españoles.

Juan Bta. VILAR
Departamento de Historia Moderna y Contemporánea
Universidad de Murcia

Murcia, octubre 1986